

El Club



de los

# CANÍBALES

se traga

la isla del Tesoro



Gabriel García de Oro

Ilustraciones de Purificación Hernández



El Club



de los

**CANÍBALES**

se traga

la isla del Tesoro



El Club de los  
**CANÍBALES**  
se traga  
la isla del Tesoro

Gabriel García de Oro  
Ilustraciones de Purificación Hernández

ANAYA

1.ª edición: septiembre de 2017

© Del texto: Gabriel García de Oro, 2017  
© De las ilustraciones: Purificación Hernández, 2017  
© Grupo Anaya, S. A., 2017  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-3377-3  
Depósito legal: M-17340-2017  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

*«Hay más tesoros en los libros  
que en todo el botín de La isla del Tesoro».*

WALT DISNEY

# Índice

1. No parece el principio de una gran, grandísima aventura, la verdad .....	11
2. El Club de los Caníbales se reúne de nuevo ...	17
3. Quince «islas del Tesoro» .....	24
4. El hombre que ha salvado a la escuela de un ataque de bocatas asesinos .....	32
5. Ni rastro de <i>La isla del Tesoro</i> .....	39
6. Todos los enlaces están capados .....	47
7. Sin gritos ni bromas .....	54
8. ¡Ladrones, ladrones, ladrones! .....	60
9. Mañana vamos a cerrar el colegio .....	67
10. El colegio se convierte en una isla .....	73
11. Profesionales de las respuestas chungas .....	80
12. El tesoro de <i>La isla del Tesoro</i> .....	87
13. Tan felices como monos .....	95
14. La marca negra .....	101

15. Aunque fuera un tesoro lleno de rooibos .....	107
16. El elixir de la eterna juventud .....	114
17. ¿Y si leemos <i>La isla del Tesoro</i> ? .....	122
18. Tormenta de ideas .....	129
19. En las historias de piratas siempre hay un traidor .....	137
20. El Club de los Tontitos .....	145
21. ¿Jóvenes para siempre? .....	154
¡EL TEST CANÍBAL! .....	165



# 1. No parece el principio de una gran, grandísima aventura, la verdad

Cuando la gente se despierta, normalmente, tiene ganas de ir a hacer pipí, de beber agua o de tomar un zumo de naranja. Leo, aquella mañana, se despertó con unas ganas increíbles de leer un libro. Leer por leer. Sin más. Sin tener que perseguir a un mono que se cree que es don Quijote. Sin estar obligado a esconder a uno de los últimos vampiros. Leer sin ser perseguido por una malvada organización secreta. Leer sin tener que hacer nada más que leer. ¿Era posible? ¿Existía algún libro que no fuera tan peligroso como los que había leído con el Club de los Caníbales? ¿Quién podría ayudarle? ¿Quién podría hacerle una recomendación? ¡¿Quién?!

Bueno, ese quién no era fácil de encontrar, lo tenía durmiendo en la cama de al lado, como un tronco peludo. Ese quién era un chimpancé disfrazado de estudiante de intercambio escocés a quien no solo le encantaba el rooibos y llevar un elegante bombín. También era uno de los mejores amigos de Leo, aunque roncara un poco.

—¿Me oyes? Despierta. Quiero preguntarte una cosa. Silencio. Unos cuantos ronquidos. Más silencio. Leo insistió:

—Venga, quiero preguntarte una cosa de esas que son muy, pero que muy importantes. Los chimpancés no duermen tanto. Eso son los perezosos, lo vi en un documental. ¡Eh! ¿Me oyes? Muy bien, si no me oyes, tendré que ponerme a cantar. Voy a cantar una de esas canciones que se cantan para despertar a los bebotes, a los bebotes perezosos. Ja, ja, ja. ¿Eres un bebote perezoso?

Leo pensó que con esta broma tan graciosa que se le acababa de ocurrir, Octavio no tendría más remedio que reír y despertarse de muy buen humor. No fue así. No movió ni una pestaña, como si en lugar de un chimpancé superinteligente, capaz de hablar más de ciento cuarenta idiomas, fuera un peluche enorme, feo tirado encima de la cama.

—Te voy a dar la última oportunidad. ¿No? A la de una, a la de dos, a la de dos y medio, a la de dos y medio y un poco más. Bueno, tú lo has querido. Ahí va.

Leo hinchó los pulmones como quien acaba de volver de las profundidades marinas y necesita aire. Luego, empezó a cantar de la forma más horrible que pudo. Era una voz tan chillona como el aire que se escapa de un globo muy hinchado.

—Buenos días, el sol está brillando. Buenos días, te despierto yo cantando. Buenos días, dormilón. Buenos días, te despierto yo con esta canción.



—¡Vale, vale! ¡Para ya! Qué horror, qué manera tan desagradable de empezar el día.

Octavio se sentó en la cama tapándose las orejas con las manos y mirando a Leo con los ojos aún llenos de sueño. Leo se encogió de hombros y dijo que había sido él quien le había obligado a cantar.

—Hoy va a llover y mucho —protestó Octavio.

—¡Qué va! Hace un sol precioso. Fíjate con qué suavidad entran los rayos por la ventana y cómo iluminan nuestro despertar. Ay, tío, creo que me va a salir otra canción por la boca. Ahí viene.

Por suerte, Octavio impidió que Leo se pusiera a cantar otra vez.

—Quieto. Siéntate. No sigas.

Leo le hizo caso y los dos se quedaron frente a frente, cada uno en su cama. Por un momento era como si estuvieran bajando río abajo, charlando tranquilamente de sus aventuras mientras iban montados en dos balsas.

—A ver, dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—No sé cómo empezar, déjame que piense. —Leo quería hacerse el interesante y, de paso, molestar un poquito más a Octavio.

—Dímelo y punto, como se dicen las cosas un sábado cuando aún no son ni las ocho. Exactamente cuando son las siete y cuarenta y tres minutos de la mañana. —Octa-

vio había mirado el despertador y aún le entró más sueño y mal humor.

—Muy bien, pues ahí va: quiero leer un libro.

Si antes Octavio parecía un peluche tirado encima de la cama, ahora se había quedado convertido en una estatua. Sin pestañear, sin mover un solo pelo, y en un chimpacé eso son muchos pelos.

—No me mires así. —Leo quería que su amigo le entendiera, aunque empezaba a pensar que no lo iba a conseguir—. Es la verdad. Me gustaría leer un libro que no sea peligroso. Leer como lee la gente normal.

Leo siguió explicando que quería algo sencillo, algo para disfrutar, algo para poder comentar y ya está. Incluso le gustaría leer un libro y, luego, ver la película y así poder decir eso de: «A mí me gustó mucho más el libro». Cosas así.

—Como tú eres un mono listo he pensado que podrías ayudarme. A mí no se me ocurre un título que pueda gustarme.

Octavio dejó de ser una estatua, entornó los ojos y se relamió los labios, como si se le hubiera pegado la respuesta en la punta de la lengua. Al final, muy serio y levantando las cejas, dijo:

—Me temo que ese libro no existe. De una manera u otra, todos los libros son peligrosos, esa es su gracia. Si no son peligrosos, tampoco vale la pena leerlos.

A Leo le sorprendió que Octavio le diera una respuesta tan profunda.

—Y si puede ser cortito, mejor. Es que me han entrado ganas de leer, sí, pero ya sabes que no me gustan esos libros tochos que pueden romperte el pie si se te caen encima.

Octavio se quedó mirando a Leo y prefirió seguir hablando, como si no hubiese oído nada:

—Te repito que no hay libros que no sean peligrosos. Pero bueno, entiendo lo que me quieres decir. Pensaré en algo. Pero ¿sabes? Lo que también puedes hacer es dejar de buscar. A veces los libros nos encuentran a nosotros, y no al revés. A veces, son ellos los que nos eligen. Todos los libros son una aventura. Es verdad, no hace falta que te persiga ninguna organización secreta para que sean una gran, grandísima aventura. A veces, la mayor aventura es dejar que lleguen a nosotros.

Y con esta frase, que Octavio dijo como quien lanza monedas al viento, se terminó la conversación. Leo no se quedó muy satisfecho y murmuró:

—Pues no parece el principio de una gran, grandísima aventura, la verdad.

Octavio, que ya no quería hablar más del tema, solo dijo que se iba a dar una ducha, una larga ducha de sábado por la mañana, muy por la mañana.

Han pasado unos meses desde la última vez que se reunió el Club de los Caníbales, un club de lectura donde leer siempre provoca aventuras inesperadas. Esta vez, simplemente, quieren leer *La isla del Tesoro* sin más consecuencias, pero el nuevo siniestro cocinero del colegio truncará sus planes... y les lanzará a buscar un cofre entre líneas.

**¡El Club de los Caníbales ha vuelto!**

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)



ISBN 978-84-698-3377-3



9 788469 833773 1578286